

Divagaciones sobre la sardana

De la sardana casi no podemos decir nada nuevo. Se ha hablado de ella —y se ha escrito— presentándola elogiosamente como danza característica y como símbolo de la unión de un pueblo que sabe enlazar, con rítmica elegancia —sobria, a veces; otras, exuberante—, las manos para el trabajo y el espíritu para la amistad. Sin duda, es la expresión más completa del alma catalana. Llena de contrastes, pero siempre fiel a su fondo arraigado en la más profunda simplicidad. (Esta simplicidad humilde y tierna que amasa, en un mismo compás con calor de abrazo, edades y clases.)

Ante el «I Aplec de la Sardana» se impone un poco de examen para revalorizarla. Una pregunta: ¿Sigue siendo la sardana la danza de todo un pueblo o bien ha pasado a ser la danza de una minoría de este pueblo que le dio el ser y el impulso para desarrollarse? Muchas veces da la impresión de que se considera la sardana como una de tantas actividades folklóricas, reservadas a grupos reducidos. Ciertamente, para muchos nuestra danza representativa ha pasado en un plano de indiferencia alarmante. Otra pregunta: ¿Es que la sardana ha perdido su esencia, o es que nosotros hemos perdido el sentido de pueblo? (Y cuando digo «pueblo» me refiero al espíritu que informa a un conjunto de hombres y mujeres que ocupan un lugar geográfico concreto, con un historial propio y con un ideal común.)

Las dos preguntas tienen intención. Al menos, la que el autor ha querido darlas. Hemos visto cambios en el baile de la sardana. Accidentales, es verdad; pero desorientadores. Y hemos sido testigos de largas polémicas sobre la manera cómo deben ser bailadas. (Creo que la última palabra —la definitiva— sobre este asunto, debe darla Figueras, en representación del Ampurdán, ya que la cuna de la sardana es absolutamente ampurdanesa.) Lo más triste que hemos observado: a nuestra juventud no le gusta la sardana. Nuestra juventud ha recibido una herencia, pero no ha penetrado la espiritualidad de la misma.

Los «aplec» tienden —tal vez esta es su razón de ser— a revalorizar la sardana, pero no partiendo de la sardana en sí misma, sino de nuestra actitud frente a ella. No basta decir que la sardana es un valor. Es necesario que examinemos el esfuerzo que hemos puesto para descubrir dónde radica precisamente este valor. Como danza, es perfecta. Como símbolo, exacto. Y esto, porque la sardana responde a una forma de ser, de vivir, de sentir y de amar. Por lo mismo me atrevo a sugerir una idea: ¿por qué en los «aplec» a más de ofrecer una nutrida audición de sardanas, no se organizan unas conferencias ilustrativas sobre, por ejemplo, la significación de las mismas?

Siento no citar a Maragall en estas divagaciones. No obstante, puedo asegurar que en cada línea de este escrito flota su presencia. Fue el hombre que supo comprimir mejor, en versos inmortales, el valor trascendente —por espiritual— de la sardana. Dios quiera que el «I Aplec de la Sardana» de Figueras, nos lleve a un más íntimo conocimiento de nuestra danza representativa.

MANUEL PONT
Director de Radio Popular